

LA LUCHA DE MEXICO POR UN SISTEMA PARA EL DESARROLLO

Víctor Flores Olea.

Con la presencia de México en la elaboración de la Carta de San Francisco, que dio origen a la Organización de las Naciones Unidas hace cuarenta años nuestro país dejó claro su compromiso de promover el "progreso social y elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad". Desde ese momento, México ha participado activamente en los esfuerzos que el máximo foro mundial y sus organismos especializados, han desplegado en la búsqueda de modelos de desarrollo que permitan que las mayorías de la población mundial alcancen niveles de vida compatibles con la dignidad del ser humano.

Un factor decisivo en la historia de las Naciones Unidas, junto con el propósito de garantizar la paz y la seguridad colectiva, fue el impulso de una fuerte corriente democratizadora de la sociedad internacional. México apoyó en todo momento el proceso de descolonización, que ha permitido que dos tercios de los miembros de la comunidad de naciones hayan ejercido, en las últimas cuatro décadas, su derecho a la autodeterminación, independencia y soberanía. La incorporación a la vida internacional de un conjunto tan diverso y plural de naciones, generó la fuerza suficiente para romper intereses, explotación y particularismos, y generar nuevas vías para racionalizar la sociedad de naciones.

Debemos reconocer, sin embargo, que las relaciones económicas propias de la era colonial, permanecieron en buena medida intactas aún después de consumados los procesos de independencia política y social. De esta manera el mundo en desarrollo se enfrentó a formidables obstáculos para transformar las relaciones internacionales con un sentido de equidad y, por lo tanto, de beneficio genuino para todos los países.

Frente a los enclaves artificiales de progreso que ahondan y prolongan las desigualdades, creados por los países vencedores al conformar la estructura económica de la posguerra, el mundo en desarrollo planteó la necesidad de un nuevo esquema de relaciones económicas internacionales. Dentro

del sistema multilateral, se crearon instancias encaminadas a transformar el orden mundial y a compensar la explotación de que muchos países fueron víctimas durante la subordinación colonial. Es así como en 1964 se convoca a la I Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo. Del mismo modo, al finalizar la Segunda Guerra, el Sistema de las Naciones Unidas se propuso ampliar y diversificar su ámbito de competencia a fin de dar respuesta a las necesidades más apremiantes de la humanidad en materia de alimentación, salud, trabajo y cultura. Este es el origen de los organismos especializados de cooperación que conforman la estructura multilateral de las relaciones internacionales contemporáneas.

Dentro de esta lucha por un marco de igualdad, pluralismo y democracia, los países en desarrollo han definido una estrategia para lograr importantes reivindicaciones de carácter económico y social. Alcanzar un progreso compartido y liquidar la división del mundo en áreas de opulencia y miseria extremas, motivó el surgimiento de una nueva solidaridad entre las naciones más débiles.

El Movimiento de Países No Alineados y el Grupo de los 77 constituyen una respuesta a la insensata polarización entre el Este y el Oeste, y a las crecientes desigualdades entre el Norte y el Sur. La lucha de ambos grupos se entrelaza en un mismo proceso histórico, y sus esfuerzos constituyen dos versiones de un objetivo común. La búsqueda de espacios de distensión y entendimiento es inseparable del combate contra las hegemonías y las propuestas para un orden económico verdaderamente equitativo.

Durante las tres últimas décadas, entre la Conferencia de Bandung que sentó las bases del No Alineamiento y la crisis contemporánea, los planteamientos esenciales de los países en desarrollo han tenido una extraordinaria continuidad, y una expresión flexible y realista, conforme a las exigencias más urgentes de cada etapa. Estos países han luchado por una participación significativa en el co-

mercio internacional; por un mejor acceso de sus exportaciones a los mercados industrializados; por eliminar las presiones inflacionarias importadas de los países más desarrollados; por detener el proceso de descapitalización y desnacionalización de sus economías; por enfrentar el peso de sus cuantiosas deudas externas; por aliviar el impacto de la crisis monetaria mundial, y por disminuir las consecuencias negativas de las crisis de alimentos y de materias primas en general.

Con afán constructivo, México ha participado, de manera destacada, en la conformación de las estrategias que puedan conducir a la reordenación de la economía internacional. En el marco de la III UNCTAD, México propuso la elaboración de una Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados. Adoptado hace diez años, este documento constituye una fiel expresión de las aspiraciones y de los propósitos de la inmensa mayoría de los pueblos, por vivir en un mundo más justo y equitativo.

Hace una década, asimismo, la comunidad internacional adoptó la Declaración y Programa de Acción para el Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional. A partir de entonces tiene inicio el llamado Diálogo Norte-Sur que confronta al mundo en desarrollo con los países económicamente avanzados. Desafortunadamente, en ese esfuerzo por modificar los esquemas existentes en beneficio de los países pobres, el diálogo se ha convertido en monólogo, y muchas veces las aspiraciones en frustración, ante los obstáculos y las incomprensiones que han caracterizado al mundo desarrollado.

México ha participado en esta lucha, tanto por ser parte del mundo en desarrollo, como porque nuestras relaciones con los países industrializados son inequitativas y se ven afectadas por las decisiones tomadas en los centros del poder político y económico. La historia de nuestro país nos ha mostrado que es imperativo hacer respetar nuestra soberanía, y que debemos luchar permanentemente por nuestra independencia.

La categoría de solidaridad se nos impone como rasgo distintivo de la política internacional contemporánea. Sólo en colaboración con otros países podremos ampliar nuestra independencia, afirmar nuestra soberanía, lograr el bienestar de nuestro pueblo, y alcanzar mejores niveles de vida para todos. En definitiva, nuestra lucha conjunta con los países en desarrollo es una batalla dictada por el interés nacional y por el beneficio concreto de todos los mexicanos.

Es en este espíritu de resolver problemas inaplazables que México convocó, en 1981, a la Reunión de Cancún, con el propósito de estimular un ambiente de voluntad política favorable al diálogo entre las naciones ricas y pobres. De esta manera, el Encuentro de Cancún buscó impulsar el inicio de las negociaciones globales entre el Norte y el Sur en materia de comercio, moneda y finanzas, alimentos y energía.

México se propuso lograr la coincidencia de todos los países ahí reunidos alrededor de principios básicos y metas comunes para que, en un segundo momento, fuera posible plantear soluciones viables y globales a los problemas de la economía mundial.

Desafortunadamente, los esfuerzos por transformar la estructura económica prevaleciente han sido infructuosos. Los países industrializados se han opuesto a modificar los principios y la estructura de instituciones como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el GATT. Asimismo, han querido vincular la superación de la crisis mundial a la recuperación de sus propias economías. Así, no sólo ha sido imposible conformar las nuevas reglas necesarias de la vida económica internacional, sino que hemos tenido quebrantos, y tal vez problemas cada vez más graves, en la búsqueda del bienestar y de un desarrollo equilibrado y sostenido de nuestras economías.

La crisis económica actual, como es bien sabido, tiene su principal origen en el desmedido endeudamiento externo, las crecientes tasas de interés, la escasez de los recursos financieros y el proteccionismo de los países industrializados. De esta manera se pone en entredicho, severamente, la viabilidad de nuestro futuro económico, la posibilidad de la democracia en el mundo en desarrollo y la estabilidad política y social de nuestros países.

Por una compleja serie de circunstancias históricas y estructurales, América Latina ha sufrido muchos de los efectos más severos de la crisis. Al igual que en otros momentos, México reaccionó frente a esta crisis con respuestas inteligentes y decididas a fenómenos de tamaña gravedad. Además del gran esfuerzo del ajuste interno, y consciente de la interdependencia del mundo contemporáneo, México ha buscado con los países del continente los instrumentos de una concertación política de voluntades, necesaria para el diálogo político y la acción solidaria. Las bases históricas y culturales comunes deben facilitar este acercamiento entre las naciones latinoamericanas.

La nueva solidaridad continental, es cierto, se encuentra aún en sus primeros pasos, pero éstos

avanzan con firmeza y propósito constructivo. Hemos aunado voluntades y objetivos, los reforzaremos todavía más, y seguramente marcharemos con propósitos cada vez más definidos hacia la solución de problemas que a todos nos afectan.

Es así que, por primera vez en mucho tiempo, los países del continente se pudieron reunir primero en Quito, y posteriormente en Cartagena, Mar del Plata, Brasilia y Santo Domingo. Con voluntad política coincidente sostuvimos que el problema de la deuda de los países en desarrollo exige el compromiso y la participación activa de los gobiernos deudores y de la banca internacional. Nos une la responsabilidad de compartir los costos y los sacrificios impuestos por la deuda con la certeza de que los beneficios serán para todos.

Las demandas que constituyeron el eje central del diálogo Norte-Sur vuelven a aparecer en nuestros días. Endeudamiento, financiamiento y comercio son inseparables, la capacidad de pagos está necesariamente vinculada con estímulo de nuestras exportaciones y a las posibilidades de importación.

Sin embargo, México y América Latina reconocen que los problemas financieros de la región requieren de un enfoque integral de los procesos de la economía internacional. De ahí que hayamos exigido la realización de un diálogo político que tome en consideración, no sólo las cuestiones de carácter económico, sino que las implicaciones de éstas sean analizadas en conjunto con sus consecuen-

cias políticas. Por ello, nuestro país ha mantenido activa su participación en los foros multilaterales en la búsqueda de un sistema para el desarrollo.

Durante doce meses, entre 1983 y 1984, México presidió el Grupo de los 77. En este tiempo, nuestro país procuró desvanecer equívocos, precisar intenciones y fijar bases para la comprensión más exacta de los problemas. Con la participación de las naciones industrializadas y los países en desarrollo, nos esforzamos en establecer una comunicación franca, pragmática y flexible.

Aún cuando se ha avanzado, las metas originales no han sido alcanzadas. Cada Estado tiene la responsabilidad de promover su propio desarrollo, pero la comunidad internacional ha de asumir la obligación paralela de establecer las condiciones que permitan el cumplimiento de las metas nacionales.

México continuará su demanda firme, al lado de los países en desarrollo, por lograr la urgente reestructuración de las relaciones económicas internacionales. Nuestras sociedades no pueden permanecer calladas ante las injusticias y desequilibrios de la economía internacional, que ha generado la crisis de nuestros días.

Mantendremos vivos nuestros lazos de solidaridad con América Latina y con las demás regiones que tienen condiciones análogas a la nuestra, y no escatimaremos esfuerzo alguno para coadyuvar al logro de las reivindicaciones del mundo en desarrollo.